



El hombre de la trompeta

Paloma Ruiz del Portal

Cuarto concurso literario de relatos cortos
estiba portuaria

anesco

EL HOMBRE DE LA TROMPETA

Paloma Ruiz del Portal

Ante los ojos del hombre de la trompeta, cielo y mar se funden en una tonalidad ambigua, mitad ceniza y mitad malva. El día llega a su fin. También la bruma y las nubes del ocaso componen una admirable alianza, una simbiosis tan perfecta como la del cielo y el agua.

El hombre está sentado en una terraza del muelle. La trompeta permanece dentro de su funda negra, protegida por un terciopelo invisible. Se llama Cándido, y aunque está acostumbrado al húmedo abrazo del mar, comienza a sentir un frío extraño, más interior que exterior. No lo causa el viento hostil, en torno suyo, ni el incipiente invierno que pugna por asentarse poco a poco. Es un frío que se parece mucho a la indignación sosegada, su eterna compañera.

Acudiendo en su auxilio, para calentarle el ánimo, se ilumina la Catedral de repente, en mitad de la ciudad, al otro lado de la escollera. Parece que se encendiese una cerilla en las manos de un gigante.

Cándido está solo, como cada tarde, y mira un café que se enfría también. A pesar de todo, el Muelle Uno, repleto de restaurantes y tiendas, salpicado de veleros que se mecen indolentes, cuna de un Ferris renqueante que va y viene de Melilla, y de catamaranes publicitando un dudoso avistamiento de delfines, hierve de gente. Gente que camina feliz y piensa que se encuentra en el Puerto de Málaga.

Pero no.

Se equivocan.

Cándido mueve la cabeza de un lado a otro, negando lo que parece una evidencia. “No señores, no, el Puerto es *otra cosa*”. Una ráfaga de aire le despeina el cabello gris, y se lo atusa con sus manos callosas, oscuras. “Un Puerto no es este circo. Es un micro universo fascinante e infinitamente más complejo, trepidante e importante que este muelle en miniatura, casi de juguete”, se dice. “Sin embargo -y es una lástima-, nuestro Puerto permanece oculto a los ojos del mundo”.

Y es que Cándido opina que al igual que los maestros mandan a los niños a visitar museos y zoológicos, deberían también llevarlos al Puerto. Con las correspondientes medidas de seguridad, por supuesto. Los niños tendrían que saber de qué forma llegan hasta sus manos los lápices con los que escriben, y también sus consolas de videojuegos, sus patatas Pringles-o las de la verdad, todavía manchadas de tierra-. Porque los niños ignoran, y hasta sus padres, se apuesta el cuello, que el noventa por ciento del comercio internacional se desarrolla por vía marítima.

A su propio hijo, sin ir más lejos, le había entusiasmado el Puerto.

La primera vez que lo llevó tenía siete años. El chaval tuvo los ojos abiertos como platos todo el tiempo, alucinado con el descomunal tamaño de los buques mercantes. “¿Cómo es posible que floten?”, preguntó sin cesar. Y más aún, se admiró de lo hicieran con tanta carga, repletos de cientos de contenedores amarillos, azules y rojos.

“Desde el cielo parecen banderas”, dijo Cándido “y en las cubiertas encajan perfectamente unos con otros, como piezas de un rompecabezas”. “¿Pero por qué no se hunden los barcos con tanto peso?”, había insistido el niño. “Porque antes de cargar el barco, ya sabemos lo que pesa cada contenedor. Está todo calculado al milímetro y nunca ponemos más peso del que aguanta el barco”, había detallado, feliz con el entusiasmo del niño. El orden, le había explicado luego, era también fundamental en su trabajo, y no sólo la fuerza, pues el aprovechamiento óptimo del espacio resultaba esencial. “Es como cuando te vas al pueblo con la abuela y mamá te hace la maleta”. Le habló finalmente del control de los embalajes, para que nada se moviese o se dañase. “Hacemos mudanzas gigantes”, le dijo, y el niño entendió perfectamente lo que le explicaba su padre.

Impulsado por los recuerdos, Cándido constata de nuevo, como cada tarde, lo que ya sabe pero le irrita: desde la zona de las terrazas, donde se encuentra, no se divisa el Puerto. El Puerto de verdad. Y le vuelve a parecer un olvido injustificable, un error básico de planeamiento en el diseño de su ciudad, un desafío a la lógica, un problema, en definitiva, que alguien, alguna vez, debería solucionar.

“Pobre Puerto”, se repite, como todas las tardes. Siempre escondido tras *La Farola* (porque en Málaga, el legendario “aviso a navegantes” es mujer y no hombre), apartado del mundo como si fuera un niño castigado al que se le encierra en su habitación. Con suerte y como mucho, piensa Cándido, al Puerto se le intuye, nada más. Puede adivinarse su presencia callada gracias a los grandes monstruos de metal que lo custodian, las grúas, esos Hércules gigantes de cien manos y cien brazos cada uno.

Cándido sonríe al evocarlas. Porque él adora las grúas. Cuando era joven decía -ya no se atreve- que eran como los pechos de las mujeres, mientras más grandes, mejor. Las grúas pórtico, autopropulsadas, monarcas absolutas en el reino portuario, son sus favoritas, pero también le apasionan las otras, ya sean telescópicas, apiladoras, flotantes, puentes, o de brazo nivelado. Sus siluetas elegantes, recortadas contra el cielo trémulo, constituyen un espectáculo grandioso. El espectáculo de su vida, sin ir más lejos. Tan altas son las grúas, que el nuevo hotel-rascacielos con forma de torre que se va a construir en su ciudad, ha de hermanarse con ellas y en ningún caso sobrepasarlas en altura.

Un lugar tranquilo, el Puerto, concluye Cándido. Así lo ve la gente. Y todos se equivocan. Porque allí jamás se descansa un instante. En el Puerto las empresas dedicadas a la estiba operan veinticuatro horas al día de lunes a domingo. “Es el Puerto grande, el Puerto a secas (el de los cruceros y los buques de carga, y hasta de guerra, alguna vez) el que da sentido, en realidad, a toda esta amalgama circundante de pequeños placeres y diversiones alrededor del agua”.

Cándido estira las piernas y suspira.

No le queda otra que adaptarse al triste sucedáneo y olvidarse del Puerto grande. A partir de ahora sólo lo transitará en sueños o entre las brumas del recuerdo. Desde que lo han jubilado -anticipadamente, a causa del maldito accidente- sabe que tendrá que conformarse con el sustituto contiguo, repleto de barquitos de vela, pizzerías, niños con perros o kioscos de helados. Pero le cuesta. Le cuesta horrores. Su

alma se ha quedado en los muelles. En el seis, en el siete y en el ocho. Y no sabe cómo podrá rescatarla.

Cándido conoce hasta el último resquicio de las instalaciones portuarias porque es hijo y padre de estibadores y ha trabajado como estibador muchos años. Él y su padre en el puerto de Málaga. Su hijo Manuel, en el de Algeciras, donde es capataz. Desde los dieciocho hasta los cincuenta y seis, exactamente. Casi cuarenta años siendo estibador, tantos como Thomas Korzeniowski, *El Polaco*, que hace cinco meses exactos, un radiante día de verano, cometió un error absurdo y firmó un despiste inexplicable que mancilló un curriculum brillante. Manipulando una caja de pescado congelado que pesaba cerca de cien kilos, dejó que ésta cayera sobre el pie izquierdo de Cándido desde una altura de quince metros y medio.

De nuevo la ira tranquila, la pena serena, rodea a Cándido como si fuera una gaviota haciendo círculos sobre la arena. A pesar de su metro ochenta y siete de estatura y de su apabullante corpulencia, siente ganas de llorar como un niño asustado. Más para distraerse que otra cosa, se coloca la cazadora de cuero que descansa sobre el respaldo de la silla, le encarga un güisqui doble a María, la camarera, y enciende un cigarro sin pedirle permiso a nadie. Luego mira a su alrededor con saña y avidez, como si fuera un padre que acabara de perder a su hijo en un centro comercial.

Parece que los restaurantes comienzan a llenarse de clientes para cenar.

El accidente había ocurrido un viernes, tras una semana muy dura que sin embargo recuerda perfectamente. La empresa estibadora para que la que trabajaba, una de las cuatro que operaba en el Puerto de Málaga, se había ocupado, entre otras muchas operaciones menores, de la estiba de nueve mil quinientas toneladas de cemento previamente cargadas en el buque *Eleonor Dusk*, trincaje incluido. También de la desestiba de seis mil novecientas toneladas de hueso de aceituna que viajaban a bordo del buque *Airoa*. Había habido más contenedores de lo habitual, y también, más cargados.

No sólo se había ocupado del cemento, sino también de las habituales cargas de cereales, harinas, piensos y forrajes. El capítulo de vehículos merecía mención aparte. Al Puerto de Málaga habían llegado esa semana miles de vehículos Dacia y Renault procedentes de Tánger, y hasta unos cuantos Opel y Ford procedentes de fábricas turcas.

Las grandes navieras del mundo apostaban cada vez más por su ciudad, y ésta se afanaba por estar a la altura de las circunstancias. Llegarían, en breve, contenedores desde Madrid por ferrocarril para ser transportados en buques hacia Canadá.

Cándido, recordando el ajetreo de aquellos días, no se reconoce en el hombre que ha sido durante tantos años. Aquella última semana había controlado y supervisado toneladas y toneladas de mercancías, elaborando y procesando una cantidad de información tan ingente, que ahora le parece una proeza haber sido capaz de cuadrarlo todo a la perfección en plazo y en forma.

Pero lo más emocionante que le sucedió aquellos días, se dice, fue la manipulación de una carga muy especial: la colección del Museo Ruso de San Petersburgo, que

formaría parte del Museo Ruso de Málaga. Trasladada en tren desde Rusia hasta Helsinki, había llegado a Málaga en las bodegas de un buque para ser expuesta en su ciudad.

Sabía que había amado realmente su profesión, y que ya se sentía protagonista de la actualidad en el momento exacto en el que la caja de congelados le trituró el pie. Y al igual que la llegada de aquella carga de valor incalculable había copado las portadas de todos los periódicos, también su accidente ocupó algunas páginas en los diarios locales. Por suerte, dijo la prensa, había salvado la vida. La estiba, repitieron, ya no era la actividad peligrosa que había sido en el pasado. Rara vez, se congratularon, sucedía un accidente mortal. Así que el mundo olvidó rápido su particular desgracia sin importancia.

En cambio él, y se seca una lágrima al admitirlo, nunca será capaz de olvidarla.

- Vete preparando-le dice María cuando le sirve el güisqui.

Cándido asiente.

Debe pensar en otra cosa. Hacer el esfuerzo, al menos

Pero como cada tarde a la misma hora, vuelve a recordar sin remedio las razones por las cuales se hizo estibador.

A Cándido nadie lo había llevado al puerto a ver barcos enormes y cajas de colores.

En los tiempos de su padre apenas había presencia de maquinaria pesada en los muelles, y era la fuerza física del trabajador, y sus destrezas -entre las que se incluía la sumisión o disciplina ciega- la única herramienta de trabajo. Tan dura era la labor del estibador, que su progenitor se había jubilado forzosamente a la edad que él tenía ahora, si bien obligado por la ley, y no a causa de haberse convertido en un estorbo inútil. Además lo había hecho con gusto, a salvo de morriñas asfixiantes y esperpentos melancólicos.

Su padre, huérfano desde edad temprana, a diferencia de él, había detestado la estiba, aun cuando ésta lo hubiera salvado de caer en los tentadores brazos del alcohol. La estiba, dijo siempre, era la profesión de los desahuciados, de modo que Cándido, un niño claramente sensible e inteligente, debía dedicarse a otra cosa. El destino alumbró el entendimiento de su padre y lo llevó a inclinarse, concretamente, por la música.

-Serás un músico excelente- le dijo cuando cumplió trece años.

Y es que, encontrando una reluciente trompeta tirada en el suelo, justo en mitad de la dársena de Levante, extraviada a saber de qué caja pesadamente embalada, se la regaló al niño, prometiéndole apuntarlo a una banda cofrade.

Al año siguiente Cándido iba desfilando delante de la inmensa mole del trono de la Virgen de la Esperanza, tocando feliz su trompeta, cuando empezó a llover y a granizar copiosamente. Eran las cuatro de la madrugada y unos truenos y relámpagos demenciales cruzaron un cielo cuajado de rayos. Los hombres que portaban el trono sobre los hombros lo abandonaron en mitad del Puente de la Aurora y huyeron

despavoridos. Todos, excepto los estibadores del Puerto, que permanecieron inmutables bajo el varal.

Usualmente, los estibadores cargaban los tronos situados bajo los mantos bordados, enormes, de las Vírgenes, y bajo la mesa del paso, o en otros lugares donde la carga era más pesada, se respiraba peor, y no eran visibles para el público. No les guiaba el fervor, sino la necesidad, pues a diferencia de los hermanos de la Cofradía, ellos cobraban un jornal por realizar lo que no era un acto de Fe, sino un mero trabajo. Tanto es así, que aquel jueves Santo en el que las lágrimas de la Virgen se mezclaron con las de la Lluvia, y la Madre de Dios se quedó sola bajo la tormenta, sin nazarenos, ni banda, ni público, ni portadores de túnicas blancas, sólo los estibadores permanecieron fieles a su deber, arrimaron el hombro, y lograron devolver la Virgen a su templo.

Cien hombres portaron una mole que debía ser transportada por trescientos. Cien hombres que incluían al padre de Cándido y a su hijo, cargando con la trompeta y caminando de puntillas para llegar al varal.

Aquella hazaña heroica, aquel gesto de bravura sin igual, encandiló a Cándido de tal forma, que ese día le juró a su padre que sería estibador, como él.

Cándido se pone en pie. Cojeando, con ayuda de su bastón, entra al restaurante y sube al pequeño escenario, situado al final del local, en una zona envuelta en penumbras. Hay siete mesas con clientes, y dos más, vacías, detrás de las cristaleras.

Como cada noche- en ningún lugar del mundo podría estar tan cerca de su Puerto, como allí- le arranca a su trompeta las primeras notas melancólicas, y después un desgarró infinito. Tras ello, por fin, consigue olvidarse del mundo.

Al terminar su primera canción, solo aplaude un hombre. Acaba de llegar y se ha acodado en la barra, como siempre. Cuando Cándido baje del escenario, quizás se emborrachen juntos. Quién sabe.

Se llama Tomás Korzeniowski, pero en el Puerto todos le dicen *El Polaco*.
